

6 ptas.



EL mundo es de Las **MUJERES**

VERSION COMPLETA

COLECCION FOTOFILM DE BOLSILLO N.º 14

CLIFTON WEBB
JUNE ALLYSON
VAN HEFLIN
LAUREN BACALL
FRED MacMURRAY
ARLENE DAHL
CORNEL WILDE

en la deliciosa historia de 3 bellas esposas dispuestas a todo para conseguir el triunfo de sus maridos



ellos le demostrarán que

EL MUNDO ES DE LAS MUJERES

filmax
PRESENTA

UNA SUPERPRODUCCIÓN
20th CENTURY FOX



COLECCION MANDOLINA

BILBAO - MADRID



filmex
PRESENTA



EL MUNDO ES DE LAS MUJERES

CINEMASCOPE
TECHNICOLOR

CLIFTON WEBB · JUNE ALLYSON · VAN HEFLIN · LAUREN BACALL
FRED MacMURRAY · ARLENE DAHL · CORNEL WILDE

**Ficha
técnica:**

Productor	Charles Brackett
Director	Jean Negulesco
Gabin	Claude Binyon, Mary Louis
Basado en un argumento de	v. Richard Sale
Diálogos adicionales	Mona Williams
Atuendo	Howard Lindsay
Decorados	Ruth Kligman
Efectos fotográficos especiales	Cyril J. Mockridge
Montaje	Joe MacDonald, ASC
Vestuario	Lyle Wheeler, Mark Lee Kirk
Canción all's a Woman's World	Walter M. Scott, Paul S. Fox
Cantada por	Ron Kellogg
Música dirigida por	Louis Lewy
Orquestación	Samuel Gold
Maquillaje	Sammy Cahn
Pensados	v. Cyril J. Mockridge
Soundo	Four Aces

Reparto:

Gifford	CLIFTON WEBB
Katie	JUNE ALLYSON
Jerry	VAN HEFLIN
Elizabeth	LAUREN BACALL
Sidney	FRED MacMURRAY
Carol	ARLENE DAHL
Bill Baxter	CORNEL WILDE
Tony	Elliot Reid
Evelyn	Margalo Gilmore
Tomaso	Alan Reed
Jarecki	David Hoffman
Mecánico	George McLeod
Taxista	Eric Williams
Ratones	Edward Asner
	Conrad Felt



... ELIZABETH Y SIDNEY BURNS...

En Nueva York, Ernest Gifford, el magnate de la industria del automóvil, acababa de perder al Director General de su poderosa Empresa, la Motors Gifford. Sí, era una gran pérdida. Phillip S. Briggs, el fallecido Director General, era único en su cargo. Su sueldo era de ciento veinticinco mil dólares anuales, además de una suma considerable para gastos de representación. Pero Gifford sabía que se ganaba honradamente hasta el último dólar. Nada se interponía entre él y su devoción al trabajo. Ni siquiera su médico.

Por eso, ahora, su sillón estaba vacío.

Gifford se enfrentaba al problema de hallarle un sustituto. Un sustituto eficiente, por supuesto. Ernest Gifford estaba preocupado.

Después de mucho pensar, concibió la idea de buscarlo entre tres de sus más jóvenes y capacitados representantes. Así, pues, llamó a Nueva York a Bill Baxter, de Kansas City; a Jerry Talbot, de Dallas; y a Sidney Burns de Filadelfia.

Tuvo especial cuidado de no olvidar invitar también a sus respectivas esposas.



.. KATIE Y BILL BAXTER ...

Pensaba observarlas estrecha y minuciosamente, por considerar a la esposa de un Director General tan importante como el titular en el cargo.

—Que gane el mejor—pensó Gifford—. Aunque quizás sea la mejor esposa... la que gane.

Ahora, pasemos a conocer a cada una de las tres parejas que tan importante papel van

a desempeñar en esta ingeniosa, interesante y disputada historia...

Sidney y su esposa Elizabeth empiezan a comprender que su matrimonio ha sido un pequeño fracaso. Con el corazón destrozado, ella lo reconoce así. Los motivos los conoceremos seguidamente. Sidney procuraba atenuar la situación. Aquel día, según se dirigían a Nueva York,

conversaban en el tono áspero que últimamente empleaban.

—Después de cinco días de vida social en Nueva York puede que tu úlcera proteste —dijo Elizabeth.

—No se trata de una cuestión social, Liz, sino de negocios —aseguró Sidney—. Uno de nosotros será nombrado Director. Por eso Gifford nos ha invitado a venir. Créeme.

—Haz lo que te parezca —murmuró Liz—. Espero que resultes vencedor por una cabeza.

—Por favor, Liz, recuerda lo que me prometiste. Si Gifford supiera que vamos a separarnos...

—Está bien —convino ella—. Haré el papel de esposa amantísima... si me acuerdo de cómo se hace.

Sidney se volvió hacia la mujer que tanto había cambiado para él.

—Lo hacías muy bien cuando empezaste a representarlo —dijo, dolorido.

—Es que entonces yo era tu única esposa. No habías decidido que preferías estar casado con tu trabajo.

—¿Acaso es un crimen trabajar con tenacidad y tener ambiciones? —preguntó Sidney, con cierta violencia, pues volvían a tocar el tema

que se había convertido en obsesión para ambos.

—Hasta el punto de que te cueste la vida, sí —dijo su esposa, gravemente.

Sidney se ablandó.

—Me gustaría que no exageraras tanto. Tengo una úlcera, sí. Pero dentro de un mes estaré curado.

Elizabeth movió la cabeza en tono de duda. Su esposo la miró y ella leyó en sus ojos algo de la dulzura que tanto echó de menos en los últimos tiempos.

—Mira, Liz —murmuró él—. Volvemos a Nueva York... donde nos conocimos, donde nos casamos... Durante cinco días, ¿no podríamos aparentar..?

Ella no respondió ni le miró siquiera.

Nuestro segundo matrimonio, que lo componen Katie y Bill Baxter, ya ha llegado al hotel...

—Vaya, Katie... estás en Nueva York —sonrió Bill—. ¿No te emociona?

—Me siento mejor en la habitación que cuando estaba en la calle —aseguró su provinciana mujercita—. Cada vez que miro los rascacielos me parece que se me van a caer encima... Díme, Bill, ¿por qué estamos aquí?

—Lo preguntas en bro-

ma?

—No, en serio. ¿Por qué estamos aquí?

Bill quedó asombrado. Sabía que su esposa era una especie de niña, pero tamaña ingenuidad...

—Pero si lo leíste en la revista de la Compañía, cariño —le explicó—. Yo soy uno de los tres directores de sucursal que logró mayor número de ventas.

—Sí, eso ya lo sé... Pero, ¿es que te van a dar un ascenso?

Katie no aparentaba mucha alegría.

—Bueno —dijo Bill—. ¿Y qué hay de malo en ser ascendido?

—Lo que pregunto es... si te traerán a Nueva York.

—¿A tí que te parecería? —preguntó Bill, satisfecho de sí mismo.

—¡Pues una desgracia terrible! —exclamó Katie, pensando en sus tres hijitos y en su preciosa ciudad de Kansas.

Bill luchaba entre sus naturales ambiciones por conseguir el puesto de Director General y su profundo amor al hogar sosegado y tranquilo que poseía en Kansas, a la vida de familia con Katie y los pequeños... Vida que las absorbentes preocupaciones del nuevo puesto truncarían,

en parte, al reclamarle infinitamente más tiempo que el que actualmente dedicaba a su trabajo.

—Bueno —murmuró—. Ahora no pensemos en ello.

Finalmente, observemos a los terceros candidatos al puesto de Director General de la Motors Gifford. Carol y Jerry Talbot también se encontraban ya en el hotel...

—Este es el ambiente que me gusta a mí —exclamó la sugestiva Carol, recorriendo con su mirada todo lo que la rodeaba, el lujo de la habitación, los atrevidos rasgacielos que se divisaban desde la ventana.

El paciente Jerry se le acercó sonriendo.

—Escucha, Carol —le dijo—: No empieces a construir castillos en el aire. No tenemos la seguridad de que este juego de tres jugadores sea para obtener el puesto de Briggs.

—¡Pues yo la tengo! —exclamó impulsivamente Carol. Reía y sus ojos brillaban de audacia—. No se ha visto nunca que el presupuesto de gastos incluya a las esposas. No se convierte a un hombre en un potentado sin estar seguro de que su esposa tiene calidad para estar a la altura del puesto.

Miró a su esposo fijamen-



... CAROL Y JERRY TALBOT ...

te y agregó:

—¿Crees que soy capaz de ocuparlo, Jerry?

Ella observó durante unos momentos.

—Todavía no sé bien de lo que eres tú capaz —murmuró, en tono extraño.

Carol sonrió ampliamente.

—Amor mío, tengo una gran ambición para mi marido —declaró.

—Te gustaría que yo conseguiera ese puesto, ¿verdad? —preguntó Jerry.

—Siempre que tú loquieras... hay que querer las cosas, Jerry. Oh, tengo que vestirme. Esta noche habrá un concurso de elegancia y no quiero ser la última en llegar.

Para dar comienzo al estudio de los tres candidatos,



... ME ADULA USTED...

Gifford había organizado una fiesta, a la que fueron invitados con sus tres esposas. La infantil Katie se hallaba nerviosísima...

—Procuraré causar una buena impresión al señor Gifford —dijo a Bill.

—Todo saldrá bien —aseguró éste—. Pero no lo olvides: un solo Martini. Ni uno más.

—Sí, Bill.

—Y no contestes "sí, señor", al señor Gifford. Cuando le hables díle "señor Gifford".

—Sí, señor Baxter —sonrió encantadoramente Katie.

Carol se las arregló para hacer en solitario su entrada en el salón. Su fascinante belleza atrajo todas las miradas... que era, precisamente, lo que se propuso. Tony Andrews, sobrino de Ernest Gifford, se apresuró a salirle al paso...

—¿Cómo está usted? —saludó, con la mejor de sus sonrisas—. Soy Tony Andrews.

—Yo soy la señora Talbot. Mucho gusto en conocerle. En aquel momento, se aproximó a ellos Gifford.

—Tío Ernest —presentó Tony—, la señora Talbot.

Carol se volvió hacia el magnate de la industria con estudiado gesto cautivador.



... SE SENTARON EN UNA MESA ...

—No necesito que me digan que es usted el señor Gifford —dijo—. Le he reconocido por las fotografías.

—Estoy muy favorecido en todas ellas —indicó Gifford, observándola con mirada sagaz.

Jerry se unió a ellos.

—Perdona, cariño —murmuró—. No te había visto entrar.

—Pues fué usted el único que no la vió —sonrió Gifford. —Bienvenido a Nueva York, Talbot.

No lejos de allí, los matrimonios Baxter y Burns conversaban animadamente, después de las oportunas presentaciones. Katie, de pronto, dijo, mirando hacia el salón:

—Esa me parece que es la

señora Talbot.

—¡La dulce flor de Texas! —comentó Elizabeth.

—¿Y cómo ha llegado hasta ahí? —inquirió Sidney. Su esposa entornó los ojos.

—Ella ha cuidado de preparar su entrada, —comentó y yo diría que, de momento nos lleva una buena delantera.

Poco más tarde, Gifford



... COMENZO EL BAILE ...

presentaba a Bill, a Sidney y a sus respectivas esposas, a los señores Talbot, pasando todos a ocupar una mesa. Ernest Gifford observaba atentamente a los tres matrimonios, sin que por eso dejara de contestar agudamente a todas las observaciones que se hacían. Katie, la pobre, había tomado ya fres copas y su cabeza empezaba a dar

vueltas. Gifford invitó a bailar a Carol.

—Ahora empiezo a comprender por qué su esposo ha tenido tantos éxitos —observó el industrial, mientras bailaban.

—Algunas compañías consideran a las esposas como créditos pasivos —opinó Carol.

—Algunas lo son.

—Sólo si están casadas con el hombre inadecuado.

—Hay ciertas mujeres para las que cualquier hombre resulta inadecuado. —apuntó Gifford.

—Quizá porque no hay hombres adecuados para ellas —respondió Carol. El sonrió.

—Sé que para bailar hay que dar vueltas —dijo—, pe-

ro creo que estamos entrando en un círculo vicioso.

Carol esbozó una amplia sonrisa. Se sentía satisfecha de sí misma. Estaba segura de haber impresionado al Jefe supremo de Motors Gifford.

Bill bailaba con Elizabeth, aunque sin dejar de mirar insistente en otra dirección.



—¿Cree usted que está tratando de conquistar a Gifford? —preguntó a su pareja, con cierta alarma.

—Oh, seamos caritativos —dijo la señora Burns—. Pensemos que está interesada en conseguir el puesto para su marido.

Concluida la pieza, las parejas regresaron a la mesa. Poco antes, en conversación sostenida con Tony, Katie se había enterado de que manteniendo los dedos cruzados

al mismo tiempo que se pensaba en una determinada cosa, esta se cumplía. La cosa en la que Katie empezó a pensar fué en el ascenso de su esposo. Las excesivas copas que había tomado la ayudaron a creer en tal superchería. El tener sus dedos cruzados fué la causa de que, al alzar de nuevo su copa, el líquido que ésta contenía se derramara.

—Ten cuidado, cariño —le suplicó Bill.

—No he bebido demasiado —dijo Katie—. Es que estaba intentando beber con los dedos cruzados. Estaba expresando un deseo.

—Esperemos que se realice —deseó galantemente Gifford.

—Ah, eso depende en gran parte de usted —indicó Katie, muy seria—. Lo que deseo es que no dé a Bill un empleo en Nueva York.

—¡Katie! —exclamó su esposo, espantado.

Comprendiendo que había cometido una torpeza, la señora Baxter, pronunciando un apresurado "dispensen", se retiró.

Bill fué tras ella.

—Un momento, Baxter —le llamó Gifford—. Quiero decirle algo.

—Lo siento, señor Gifford —contestó Bill—. Creo que mi esposa me necesita.

Y abandonó la mesa para seguir a la desconsolada dama que no quería cambiar su plácido hogar de Kansas por el bullicioso de Nueva York.

El primer "round" había concluido y la reacción de los participantes en aquel singular pugilato, ya en la intimidad de sus habitaciones, fué bien diversa...

—Bueno, me parece que la señora Baxter ha elimina-

do a su marido de la competición opinó Carol.

Jerry se hallaba, al parecer sumamente preocupado.

—Ya sé que querías deslumbrar a Gifford esta noche —declaró.

—Porque tú no haces nada por conseguir el puesto —se defendió ella. —Incluso actúas como si no lo quisieras.

—Claro que lo quiero —exclamó Jerry—. Y lo quiere Burns y lo quiere Baxter. Eso es lo malo. Nos hemos reunido tres hombres honrados que, en circunstancias normales, puede que se hicieran amigos. Y ahora tenemos que hacer una exhibición para el jefe. Actuar con astucia y tratar de sorprendernos mutuamente con algún golpe de superioridad que anule a los otros dos. ¿Por qué este terceto de "clamus" de circo?

Talbot estaba furioso. Su calma habitual había desaparecido.

—Los otros dos me tienen sin cuidado —dijo Carol—. Lo único que quería demostrar a Gifford es que no se equivocaría escogiéndote a tí.

—Carol, deja que eso lo demuestre yo —le atajó Jerry.

—Pero, cariño, no te pon-

... TEN CUIDADO, CARINO ...





... GIFFORD OBSERVABA ...

gas así... Si le dediqué un poco de atención sólo fué para conseguir que se interesara por tu empleo.

Jerry Talbot miró a su esposa de un modo que indicaba claramente que quería dejar bien sentado lo que le iba a decir.

—Escucha, Carol... Yollegaré arriba. Pero por lo que consiga yo, no por lo que consigas tú.

En su habitación del hotel, Sidney confesó a su esposa que se hallaba muy satisfecho de cómo ella se había desenvuelto en la reunión con Gifford...

—Quiero darte las gracias —le dijo—. Has hecho una magnífica esposa.

—Gracias —respondió Liz suavemente. Y agregó—: ¿Te importa que te haga un comentario?... Ese Gifford es

un verdadero lince, y tal vez advierta que te esfuerzas demasiado... un poquito demasiado.

—¿Que me esfuerzo demasiado? —protestó Sidney—. ¿Y la mujer de Talbot?

—Tu has contestado a tu pregunta. Es una mujer que sabe que es muy atractiva y ha venido a Nueva York decidida a sacar partido de sus encantos.

Elizabeth se detuvo un momento y enseguida prosiguió:

—¡Pobre Katie Baxter!... No conseguía hacer nada a derechas. Y probablemente su marido es el más indicado para el puesto.

—¿Y qué opinas de mí? —preguntó Sidney, con curiosidad.

Elizabeth le miró expresivamente.

—Oh, tú también lo se-

... SIDNEY SUFRIA DEL ESTOMAGO ...



... KATIE Y BILL CONVERSABAN FRECUENTEMENTE...

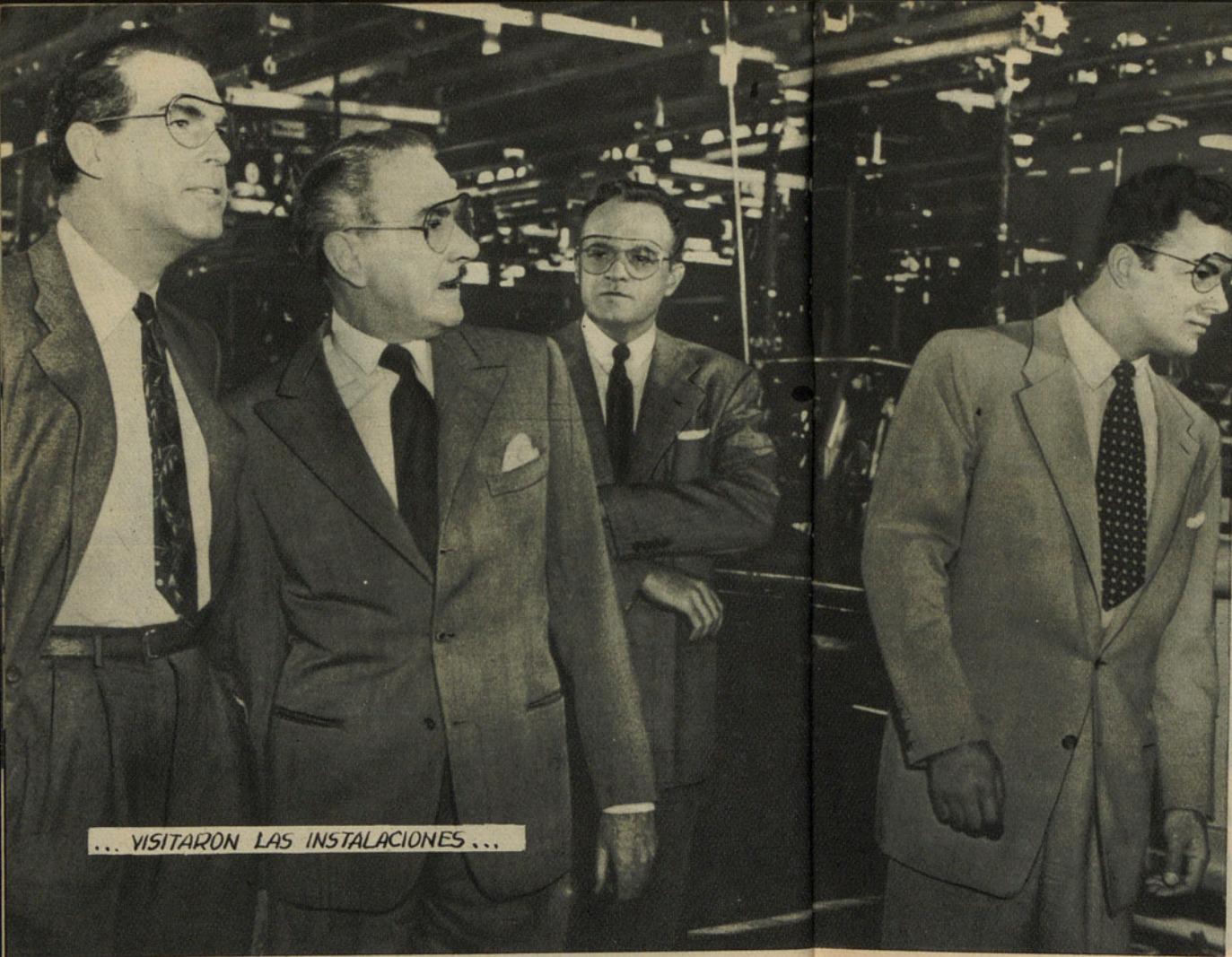


rías durante algún tiempo. Hasta que el trabajo te mata... Me gusta ese Bill Baxter. Dejó plantado a Gifford porque su mujer le necesitaba. Seguramente



forman una pareja feliz. Ese hombre no debe pensar antes en su trabajo que en su familia.

Sidney demostró haberse disgustado.



—Muy bien —murmuró— Opinas que soy un fracasado como marido.

Se acercó a su esposa y la abrazó.

—Te gusto más así?

Ella se apartó suavemente.

—Lo siento, Liz —tartamudeó Sidney.

—Yo también aseguró ella. El matrimonio Baxter, na-

turalmente, también comentaba lo sucedido en la fiesta...

—¿Por qué resultó tan horrible lo que dije? —preguntó Katie.

—¿En qué momento? —quiso saber Bill, considerando que las cosas "horribles" dichas por su esposa aquella noche fueron numerosas.

—Ya lo sabes; cuando dije: "Señor Gifford, mi mayor deseo es que no de usted un empleo a mi marido en Nueva York".

—Es que... mira, Katie —contestó Bill evasivamente—, puede que te parezca raro, pero... a los neoyorquinos les gusta Nueva York.

Katie exclamó como una chiquilla:

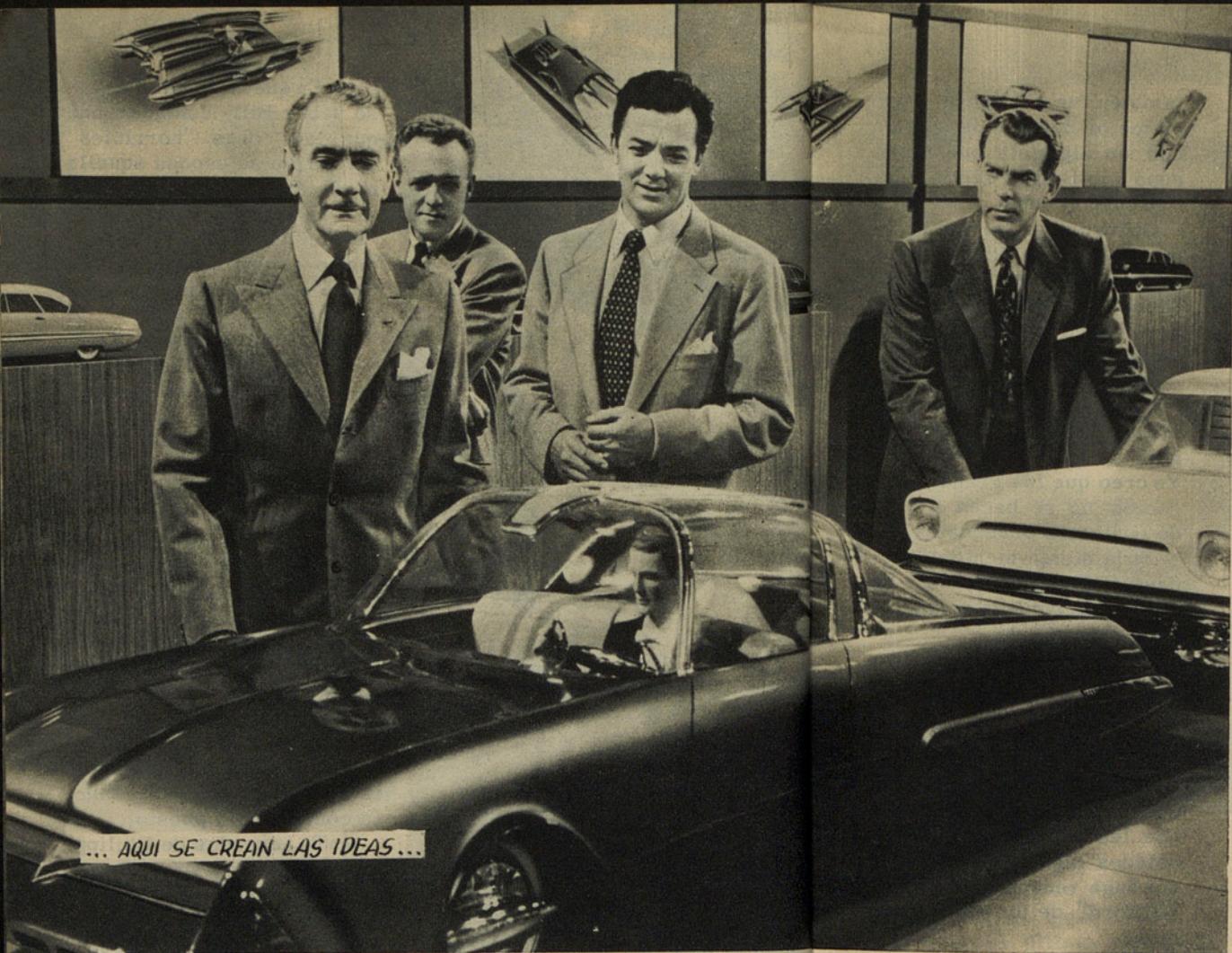
—¡No! ¡Fué algo más que eso! Recuerda que los que vinieron de Texas y de Filadelfia me miraron como si hubiese echado una bomba... ¡Y hubo que ver la cara que pusiste tú!

Su esposo trató de abordar el tema delicadamente. Desearía confesar a Katie que él estaba bastante interesado en conseguir el puesto.

—¿Te acuerdas de Philipp Briggs, el Director General? Pues su puesto sigue libre.

—¿Y has pensado que puedes ofrecértelo a tí? —preguntó ella, sorprendida desagradablemente. — Pero, ¿por qué no me lo dijiste en Kansas City?

—Ya sabes por qué —dijo Bill, en un susurro.



—Sí, me hubiera asustado tanto... que no habríamos venido.

—Exactamente —corrobo-
ré él. Recogió un vestido, de
atrevido corte, y agregó—:

—No crees que este te senta-
ría bien? Estarías guapísima.

—Sería adecuado para la
señora Talbot, ¿no crees?
—opinó Katie, sonriendo.

Díme, qué te pareció el pe-
queño escote del vestido que
llevaba?

—Pregúntaselo a Gifford
—dijo Bill, de mala gana—.
Iba dedicado a él.

Quedó pensativo unos ins-
tantes y anunció:

—Mañana por la mañana
te voy a dar más dinero...
para que te compres algo
que haga que Gifford te mire
a tí para variar.

Se aproximó a su esposa
y la tomó de los hombros.

—Vamos a dejar las cosas
bien claras —dijo—. Yo no
necesito el puesto de Briggs
para ser feliz, pero sí te
necesito a tí.

—¡Oh, Bill, desde que nos
casamos nunca me habías
dicho que me necesitabas!

—exclamó Katie, con entu-
siasmo. —¡Cuánto te quiero!

—Y yo te quiero a tí —ase-
guró Bill, abrazándola—.
Ahora vamos a descansar.

Una vez acostados, Katie
seguía dando vueltas en su
cabeza el mismo asunto.

—Claro que eres el hom-
bre más indicado para el
puesto —declaró, convenci-
da—. Y me alegraría mucho
que el señor Gifford te lo
ofreciera.

Katie había proporcionado
a su esposo infinidad de sor-
presas, pero Bill Baxter no
se hallaba preparado para
aquella...

—¿Eh? —exclamó, ir-
guiéndose en su lecho.

—Sin embargo —prosiguió
ella, entre sueños—, cele-
bro que quieras seguir en

Kansas City...

Al día siguiente; mientras el sobrino de Gifford, Tony Andrews, hacía el cicerone de las tres esposas y les mostraba lo más hermoso de la ciudad de Nueva York, Ernest Gifford invitó a Jerry, a Sidney y a Bill a visitar las poderosas instalaciones de su gran Empresa, que fabricaba un automóvil de superlujo, del que Gifford, con razón, se sentía orgulloso.

—Cada vez que sacábamos un nuevo modelo —explicaba Gifford a los visitantes—, no lograba que Briggs escuchara mi opinión. Con el único que quería hablar era con el chófer de pruebas.

—Fué un gran Director General —opinó Sidney.

—Creo que era el hombre más informado de todo que he conocido —apoyó Jerry. —Especialmente sobre las personas. Recuerdo que cuando estuve en Texas, sabía que yo tenía una colección de revólveres Colt, antiguos.

—Ese era su truco especial —indicó Gifford—. Y al que sacaba mucho provecho. Tenía un archivo enorme con las aficiones y deportes favoritos de la gente. Cuando conocía a alguien, le hablaba de su afición como si

también fuera la suya. Hizo el mejor negocio de su vida con un alpinista que nunca supo que Briggs sentía vértigo cuando subía al tranvía.

Gifford observó que solamente Jerry y Sidney rieron la ingeniosidad del difunto Director General.

—¿Usted no aprueba la técnica de Briggs, Baxter? —preguntó Gifford.

—No —confesó sinceramente Bill—. En primer lugar, se basa en el engaño. Yo creo que los grandes negocios no se hacen a base de contactos personales.

En la atenta mente de Ernest Gifford, la opinión de Bill Baxter quedó perfectamente archivada.

Poco después, pasaban a una enorme sala.

—Aquí es donde se crean las ideas para el coche del futuro —explicó Gifford—. No hay ninguna posibilidad que no estemos estudiando. ¿Se les ocurre a alguno de ustedes alguna mejora que nos haga vender más coches "Gifford" de los que vendemos?

—Si pudiéramos cruzar un "Gifford" con un helicóptero resolveríamos el problema del aparcamiento —indicó Jerry Talbot.

Sidney y Bill rieron y Gifford dijo:



... HOY ME HE ENAMORADO ...

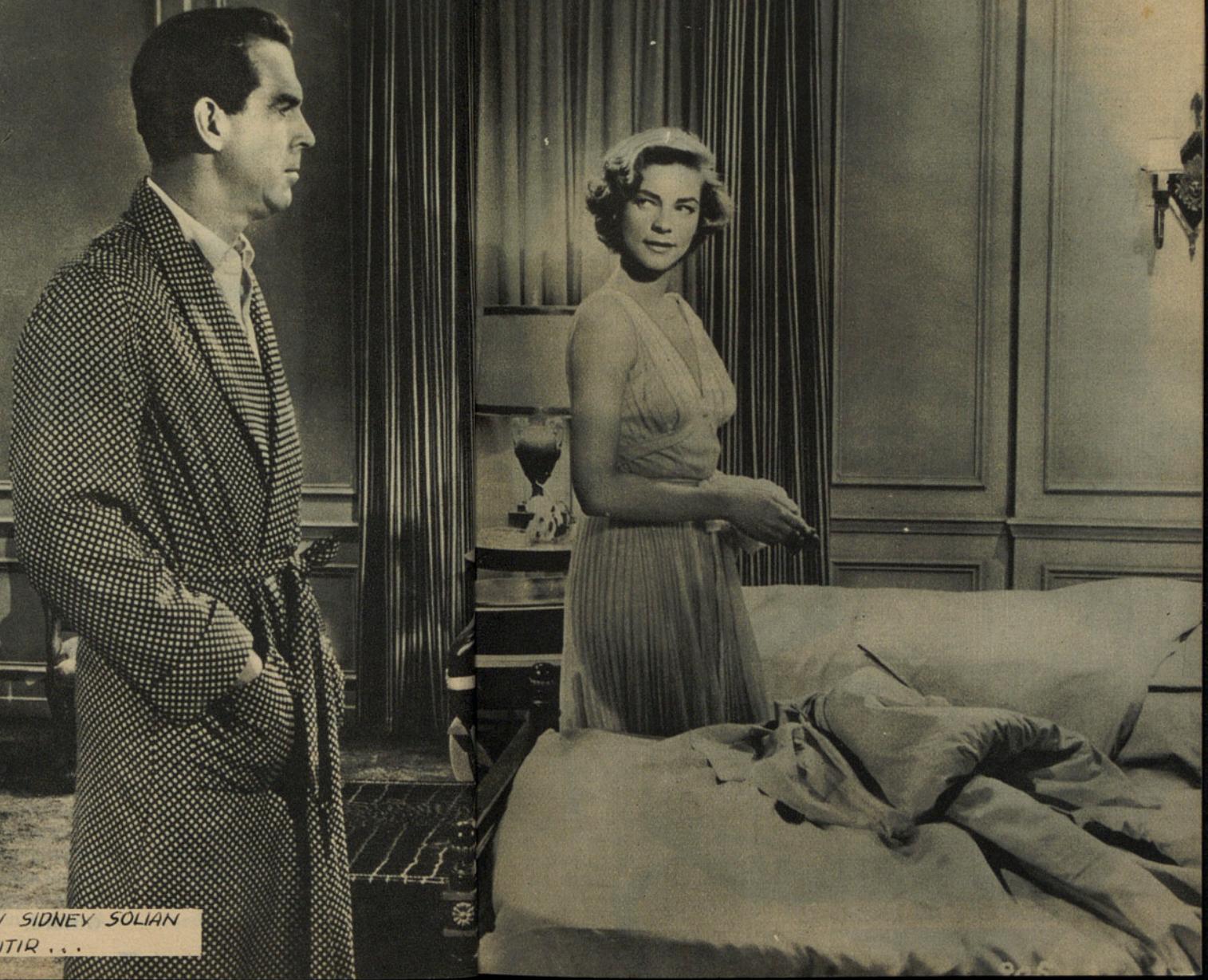
—Lo intentamos una vez y hubo que dejarlo.

De pronto, ante ellos, apareció el último modelo de la casa, un automóvil de elegantes líneas que estaba llamado a causar sensación.

—Yo podría vender mil coches de estos en una semana —aseguró Jerry, con entusiasmo.

—Sí, y yo también le secondó Bill—. Lo que le decía antes, señor Gifford: si se cuenta con un producto de calidad, no es necesario ser alpinista para venderlo.

—Parece empeñado en criticar a un hombre que sólo puede defenderse en una sesión de espiritismo —sonrió Gifford.



... ELIZABETH Y SIDNEY SOLIAN
DISCUTIR ...



—No estaba criticando a un hombre —dijo Bill—, si no a una idea.

Ernest Gifford le miró fijamente.

—Baxter... ¿cuáles cree usted que deben ser las cualidades de un Director? —le preguntó.

—Yo creo que la primera responsabilidad de un Director es trabajar en su Compañía para el beneficio del público —contestó Bill.

Gifford se volvió a Jerry.

—¿Y usted qué opina, Talbot? —le preguntó.

El aludido sonrió lvemente y declaró con firmeza:

—Que todo hombre que ocupe un puesto importante debe tener todo lo que se ha mencionado hasta ahora... y además otra cosa.

—¿A qué se refiere? —inquirió Gifford, interesado.

—¡Ojalá lo supiera! —exclamó Jerry. — Personalmente la llamo "más X".

—¿"Más X"? —repitió Gifford.

—Sí. "X" porque nadie sabe exactamente lo que es, y "más" porque es... un poco más de lo que personalmente tiene la gente.

—Y no puede definirlo? —Gifford demostraba hallarse verdaderamente interesado en la sugerión de su

representante en Texas.

—Pues... es la cualidad que hace a un campeón— trató de explicar Jerry, con dificultad—, a una estrella, a un jefe, a un gran hombre. Creo que todos sabemos distinguirla cuando encontramos a alguien que la tiene.

—¿Y usted, personalmente, cree que la tiene?

—¡Ah!, pues le diré a usted —sonrió Jerry—. Hay algunos días que... podría asegurar que no. Y hay otros días que estoy convencido de que sí.

Gifford levantó la cabeza. Creía estar a punto de descubrir algo importante, algo que le ayudaría a elegir al Director General conveniente para Motors Gifford. Preguntó a Jerry:

—¿Cómo puedo estar seguro de que tenga usted ese "más X", Talbot?... ¿O Burns?... ¿O Baxter?...

—Si usted posee esa cualidad —dijo Jerry—, creo que deberá saber si la tenemos nosotros o no.

Gifford suspiró, algo decepcionado.

—Es posible —admitió—. En fin... supongo que ahora les conozco un poco mejor... lo que me hace sentir más confuso. ¿Vamos a almorzar?

No descubriremos nada



... PUDISTE DAR TU OPINION ...

nuevo si aseguramos que Katie, Carol y Elizabeth aguardaban con suma impaciencia el regreso de sus esposos, portadores —suponían— de un cuantioso caudal de noticias.

La pregunta de Carol a Jerry fué bien directa...

—¿Qué tal te fué con el señor Gifford?

—No tengo ni la más ligera idea —confesó él.

Los ojos de Carol brillaron, como en anteriores ocasiones, con extraño fulgor.

—Jerry, hoy me he enamorado —dijo—. Me he enamorado apasionadamente, de Nueva York. ¡Oh, Jerry! ¡Esta es la ciudad más fabulosa, incitante y deslumbradora que existe! ¡Tenemos que vivir aquí! Aquí viven las personas más importantes del mundo.

—¿Te has propuesto... trepar por la escala social? —preguntó Jerry.

—Sí, exactamente. Y Nueva York será el monte Everest.

—Supón que yo no tenga éxito.

—¡Has de tenerlo! —exclamó Carol, con inusitada energía.

Jerry contempló a su esposa fijamente.

—Quisiera saber que pasaría si tuvieras que elegir

entre Nueva York y tu marido —murmuró.

Carol se aproximó a él haciendo asomar a su rostro una cautivante mirada.

—¡Cariño! ¡Como si pudiera haber la menor duda! —exclamó—. ¿Y por qué no he de teneros a los dos?

Sidney confesó a Elizabeth, con verdadero entusiasmo:

—¿Sabes, Liz? Creo que quedé mejor que los otros. Diría que en conjunto, he tenido un buen día. No pretendiendo haber deslumbrado al señor Gifford con mi personalidad, pero... creo que llegaré a alguna parte. ¿No te parece? Vamos, Liz, me gustaría conocer tu opinión... como espectador.

Elizabeth se volvió a él.

—Desde luego —dijo—. En realidad, creo que llegarás a alguna parte. A cada minuto te acercas más al puesto que te va a matar.

Inclinó la cabeza y concluyó:

—Y cada vez estás más cerca del final de nuestro matrimonio. ¿Deseas oír algo más agradable? Yo diría que, en conjunto, has tenido un magnífico día. Enhora-buena.

No pudo contener más su dolor y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—Liz, espera —exclamó

Sidney—. «No vamos a cenar juntos?

—¿Cómo voy a saber tus planes? —preguntó ella, con desesperación.

—Pero, ¿a dónde vas?

—A dónde quieras que vaya? —dijo Elizabeth, agresiva—. Como espectador, me voy fuera.

Por su parte, Katie y Bill sostenían una de sus habituales y animadas conversaciones...

—Esta tarde dí mi opinión —declaró muy serio Bill—. Y no creo que al señor Gifford le gustara lo que dije. Al menos, vería que no soy un corderito.

—¿Te das cuenta? —dijo Katie—. Como no querías el puesto, pudiste dar tu opinión... y ser sincero. Y estoy completamente segura de que te respete más a tí que a los otros dos.

De pronto, Katie puso cara de espanto.

—¡Oh! —exclamó—, espero que el señor Gifford no te respete tanto que te obligue a aceptar el puesto.

En la mansión de Evelyn Gifford, se encontraba la dueña, su hijo Tony y Ernest Gifford, discutiendo un tema de absorbente interés para este último.

—¿Has elegido ya el hombre para el cargo? —le preguntó su hermana Evelyn.

—Por desgracia, no —confesó Gifford—. Marido idóneo... mujer inadecuada. Mujer idónea... marido inadecuado. A veces, la mujer ha de representar a la Compañía tanto como el marido. Y yo sé que nunca lograré sacar el máximo rendimiento de un hombre que teme a cada momento que su mujer se caiga por las escaleras.

—¿Te puedo ayudar en algo? —se ofreció sonriente su hermana.

—Tenía pensado dar una cena íntima el jueves y quisiera que tú hicieras de anfitriona y tuvieras los ojos bien abiertos.

—Mira, Ernest —indicó Evelyn—, es muy difícil juzgar a una mujer por una cena y un traje. Para descubrir cómo es verdaderamente, es necesario un fin de semana. ¿Quizá en tu casa de campo?

Quedó acordado que invitarían a los tres matrimonios a pasar el fin de semana en su casa de Long Island.

Por la tarde, al entrar en un restaurante, recibió Sidney la agradable sorpresa de encontrar ya en él a su esposa Elizabeth. Deseaba conversar con ella, que le rehuía. Sidney se mostró animado, pues se daba la circunstancia de que en



... COINCIDIERON EN UN RESTAURANTE ...

aquel mismo restaurante, cuando novios, Liz y él cenaban casi todas las noches. El hecho de que ella hubiese elegido aquel lugar por un motivo sentimental, como el mismo Sidney, hizo que el corazón de éste casi estallase de alegría.

—¿Recuerdas, Liz? —le preguntó—. Aquí pasamos muy buenos ratos. ¿Qué pasó luego?

—Que nos casamos —replicó Elizabeth.

—Liz, hoy me sentí muy triste cuando te fuiste del hotel. Entonces me acordé de esto... y he venido para... compadecerme a mí mismo. ¿Por qué viniste tú?

—Díme por qué vuelve la gente a los sitios donde fueron muy felices... o los criminales al lugar de su crimen. Explícame.



Sidney sabía que Elizabeth sufría terriblemente.

—No espero que me creas —le dijo—, pero te quiero muchísimo.

—Hay algo a lo que quieres más —recordó ella.

... IRE AHORA MISMO ...



—Escucha —insistió Sidney—: Si olvido por completo ese puesto, si me dedicara exclusivamente a la vida de hogar, ¿querrías darme otra oportunidad, como marido?

—No.

—¿Por qué no?

—Pues, en primer lugar,

... NO ES NECESARIO ...



porque esto no es un ofrecimiento... es una pregunta. Y en segundo lugar, porque el que tú y yo estemos juntos aquí esta noche te obliga... a que uno de tus amores se imponga al otro... de momento.

—No, hablo en serio—afirmó Sidney con firmeza—. Y te lo demostraré.

En aquellos momentos, Bill acababa de recibir una llamada telefónica de la Empresa Gifford.

—Diga... Sí, señor... No, puedo ir ahora mismo. Gracias, muchas gracias, Colgó el teléfono y se vol-

vió entusiasmado a su esposa.

—¡Es magnífico! —exclamó—. Les he hecho algunas sugerencias esta mañana, y ahora Gifford quiere que hagan toda la publicidad de acuerdo conmigo. ¡Conmigo, nena, no con Talbot, ni con Burns!

—Y qué significa eso? —quiso saber Katie, algo desconcertada.

—Significa que me he destacado de los otros. Tengo una posibilidad de llegar a ser Director General.

—Tú quieres tener el puesto de Briggs, ¿verdad?

—preguntó Katie, en un susurro.

Bill quedó cortado. El mismo se asombraba ahora de su propio entusiasmo.

—Pues... —tartamudeó— no sería humano que no lo quisiera, cariño. Es el cargo más elevado de la Organi-

zación. Claro que lo quiero.

—Está bien —admitió Katie, con encantadora sonrisa—. Entonces, quiero que lo consigas. Si tú loquieres, yo también lo quiero.

—Si mis ideas para esa campaña son buenas—estalló Bill, con vigor—, y si tú les

... GIFFORD QUERÍA ESTUDIARLES...



... EL MOTIVO DE ESTA REUNION ...



dejas maravillados este fin de semana... ¿Te comprarás ese traje?

Katie, comprendiendo que debía colocarse a la altura de su esposo y no defraudarle, decidió adquirir un vestido adecuado para la esposa de un Director General. Pero sucedió que el dinero que su



... YO NO, SEÑOR GIFFORD ...

esposo le entregara se lo había gastado... en una cocina eléctrica. Sólo le quedaban setenta y tres dólares. Solicitó la ayuda de Elizabeth, quien se brindó a

adquirir un vestido en ese precio, y además realizar en él los arreglos necesarios. Katie se consideró salvada.

A la tarde del sig-

sábado, un yate navegaba suavemente hacia Long Island, llevando a bordo un precioso cargamento de bellezas y ambiciones.

En la cubierta, Sidney se detuvo ante su esposa.
—¿Sabes una cosa, Liz? —comentó—. Ya no me duele el estómago. Creo que es



debido a que he dejado de preocuparme. En lo que a mí se refiere, el puesto de Briggs puede irse al diablo. Sigues sin creerme, ¿verdad?

... DARIA CUALQUIER COSA...



...¿HABLAS EN SERIO LIZ?..



...KATIE, ESTAS PRECIOSA...

Elizabeth le miró fijamente. Ansiaba convencerse de que su esposo era sincero.

—Pero si todavía no le has dicho nada al señor Gifford... —le reprochó.

—No es necesario —opinó Sidney—. Con no poner interés me eliminaré yo mismo. De ese modo no le ofenderé.

—¿Te parece que se ofen-

dería si le dijeras que tu salud no te permite ocupar el puesto?

—Podría no creerte —dijo él—. Pensar que me echaba atrás. No quiero perder lo que he conseguido.

Los viajeros, tras un gracioso incidente con Katie, que quedó encerrada en un departamento del yate, y hubo que acudir en su ayuda,

llegaron a Long Island, y Gifford tuvo ocasión de presentar a su hermana Evelyn los tres matrimonios.

—No son como los había imaginado —sonrió la simpática dama, después de dar a todos la bienvenida—. Creí que serían damas respetables, ampulosas y encorsetadas. Son las tres tan jóvenes, que a su lado me duelen los huesos... He preparado el té para nosotras. Aquí cenamos bastante tarde.

Mientras los caballeros se dirigían al bar, las damas se empeñaron en animada conversación ante sus tacitas de aromático té. Ahora le había tocado el turno a la hermana de Gifford de observar a las tres esposas. Y se puede asegurar que lo hizo a conciencia. La conversación quedó interrumpida cuando Katie derramó sobre su deslumbrante vestido el humeante líquido... cosa que ni a Carol ni a Elizabeth extrañó demasiado. Evelyn la invitó a subir con ella a sus habitaciones. Cuando desaparecieron, Elizabeth comentó:

—Es una lástima que Katie se derramara el té en el vestido.

—Una lástima, pero no una sorpresa —dijo Carol.

—Yo me refiero —prosiguió

Liz—, a que está arriba haciéndose amiga de la hermana del señor Gifford.

—¿Y eso puede interesarnos?

—La señora Andrews es una de las principales accionistas... y podrían respetar su opinión en la elección del nuevo Director.

Ambas quedaron mirando en la dirección del piso superior, en el que, en esos momentos, Evelyn entregaba a Katie una bata mientras la doncella limpia y planchaba su vestido.

—Siento todas las molestias —dijo Katie—, y que hayan tenido que dejar a sus invitados.

—¿Molestias? —exclamó Evelyn—. Es un alivio. Al principio, siempre estoy nerviosa entre personas desconocidas.

—Dice eso para que me tranquilice —sonrió Katie—, porque yo soy la que estoy nerviosa... ¡Ay, tengo tanto miedo de decir o hacer algo equivocado!

—Va a tener que aprender muchas cosas —dijo Evelyn.

—¿Qué clase de cosas? Quiero decir, además de ser una anfitriona encantadora para la gente desconocida... como usted lo es ahora.

La señora Andrews esbozó una suave sonrisa.



... SERAS EL ELEGIDO ...

—Lo que usted trata de preguntar es lo que debería hacer si fuera la esposa del Director General de Motors Gifford, ¿verdad?

—Oh, oh... Sí —confesó Katie.

—Bueno —empezó diciendo la dama—, en primer lugar, según su marido vaya siendo más importante, tendrá que dedicar más tiempo a la Compañía. Quitán-

dóselo a usted, por supuesto. Y usted tendrá que convencerle de que está muy contenta.

—Ah, estoy muy acostumbrada a estar sola. ¿No ve que Bill viaja todo el año como director de sucursal? Y luego tengo a los tres niños que están creciendo mucho.

—No dispondría de tiempo para los niños —le aseguró

Evelyn—. Tendría otras obligaciones. Estaría siempre diciendo... cosas agradables a personas que no la creerían. Y constantemente se conduciría con la "posse" y la dignidad que se espera de la esposa de un hombre importante... aunque algunas veces sienta deseos de gritar y patalear.

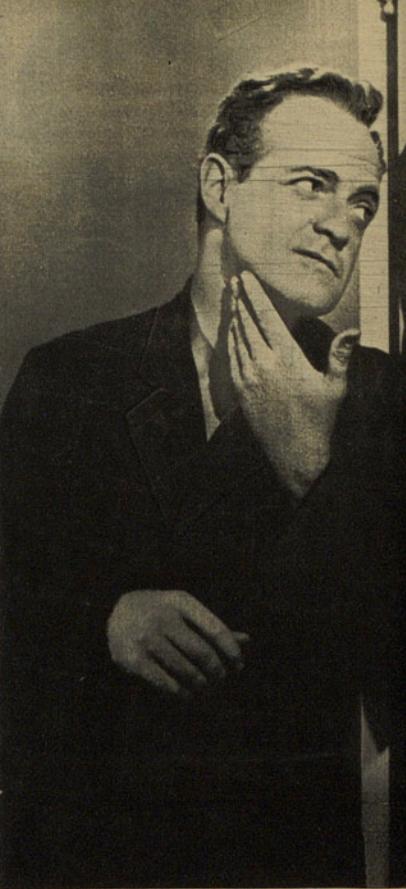
Katie tenía el convencimiento de que todo aquello que le comunicaba la señora Andrews era verdad. Era sincera y sólo abrigaba el deseo bondadoso de prevenirla.

—Hace algunos años—prosiguió diciendo la dama—, también fuí la esposa del Director General de Motors Gifford. No pretendo descoazonarla. Deseo prepararla para enfrentarse con el futuro... al menos con una pequeña idea de lo que va a ser.

Katie sonrió y la miró con reconocimiento.

—Muchas gracias por decirme lo que debe hacer la esposa del Director General —habló—. Ahora que ya sé lo que me espera... lo voy a hacer. Bill, quiero decir, mi marido, es el más capacitado para ese puesto. Y el señor Gifford será muy tonto si no lo reconoce.

—Usted quiere mucho a



...¿TE IMPORTA QUE BAJE ANTES QUE TU?

su marido, ¿verdad? —preguntó la señora Andrews.

—Oh, sí. Lo adoro —aseguró Katie.

—Así me gusta. Porque el que obtenga el empleo ha de tener una esposa que le quiera... muchísimo.

En aquellos momentos, en un salón de la planta baja, Gifford conversaba con Jerry, Bill y Sidney...

—Todos ustedes son lo bastante inteligentes para saber que estoy ocupado en una partida de caza —decía Ernest—. También se habrán dado perfecta cuenta de que sus respectivas esposas están siendo observadas. Ellas nunca deberán competir con su trabajo. Si ha de haber elección entre éste y la esposa, prevale-

cerá el trabajo. ¿Están de acuerdo?

—Yo, no, señor Gifford —declaró Bill, con cierto calor—. Cuando el trabajo y la esposa son incompatibles, la culpa es solo del marido.

—O de la mujer —apuntó Gifford.

—Es posible —admitió



... ES MI FAVORITO ...

Bill—. Pero... si espera usted que yo me case con el trabajo a expensas de mi esposa... no le convengo.

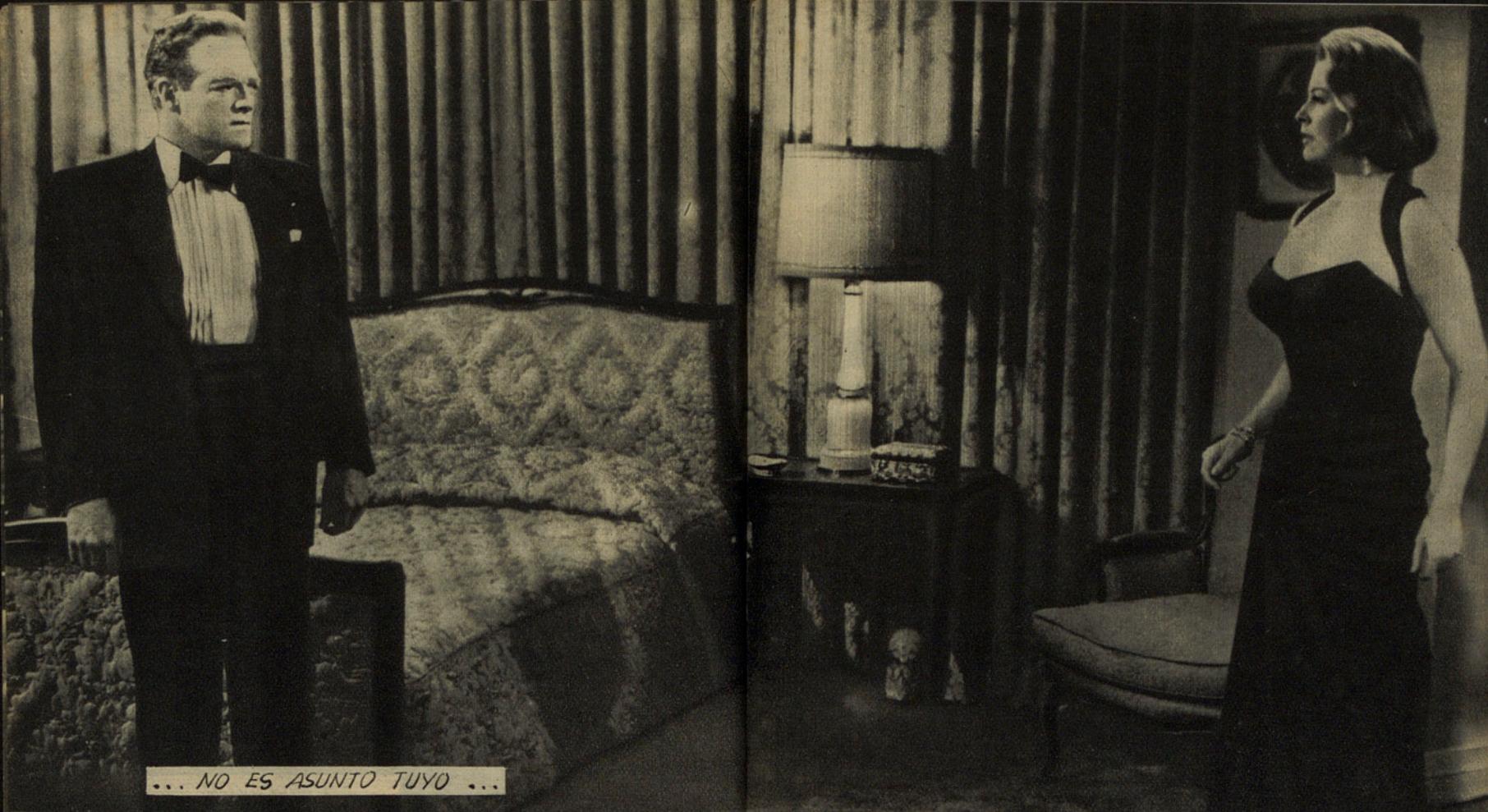
—Agradezco su franqueza Baxter —declaró Gifford, al

parecer, no excesivamente sorprendido. Se volvió a Jerry y preguntó —¿Qué opina usted, Talbot?

—Señor Gifford —contestó Jerry—, yo no he venid aquí

a solicitar el puesto. Ni lo solicito ahora. La señora Talbot y yo vinimos a Nueva York para que usted pudiera examinarnos. Nos ha examinado. Ha mencionado una

cierta condición. Yo le expondré la mía: No contando con la señora Talbot, si cree que personalmente no soy adecuado para el puesto, no lo quiero.



... NO ES ASUNTO TUYO ...

Durante unos segundos, Gifford y Jerry se miraron. Después, el primero preguntó a Sidney:

—Burns, bajo las condiciones que he expuesto, ¿cree

que podría desempeñar ese cargo?

Sidney respiró profundamente, luchando consigo mismo. Pero, una vez más, venció su ambición.

—Señor Gifford —confesó—, daría cualquier cosa por tener la oportunidad.

Gifford suspiró y dijo:
—Cenamos a las ocho. Después de la cena conoce-

rán mi decisión.

Poco después, Sidney confesó a su esposa lo que acababa de hacer.

—No pude negarme, Liz. Fué superior a mis fuerzas.



... ENCONTRE A MI NUEVO DIRECTOR GENERAL ...

— ¡Vaya! Enhorabuena —dijo Elizabeth, con desfallecimiento—. Vas a conseguir lo único que deseas.

— No, no, Liz. Eso no es cierto —se apresuró a exclamar Sidney—. Si te pierdo a

tí y a los niños, pierdo lo único que de verdad me importa. Siquieres, iré ahora mismo a decirle a Gifford que no deseo el cargo.

Su esposa le contempló con un extraño brillo en los

ojos, como si una luz acabara de iluminar su mente. Una luz encendida por la revelación... o por la resignación.

— Te comprendo ahora como no te he comprendido

nunca —le dijo—. Si Gifford te da el puesto, acéptalo, Sidney. Me quedo contigo.

— ¿Hablas en serio, Liz? —preguntó Sidney, sintiendo que recobraba la felicidad.

Katie mostró a su esposo



el vestido que se había comprado... para ensayar su papel como esposa de un Director General.

— ¡Katie, estás preciosa! — exclamó Bill, quedando muy orgulloso de ella.

Por su parte, Carol halló

la oportunidad de hablar a solas con Gifford. Este le confesó que Jerry era su favorito, a lo que Carol preguntó si ella había influido en la decisión.

— Del modo más definitivo — afirmó Gifford.

Carol le contempló fijamente y dijo con estudiada sonrisa:

— Le estoy muy agradecida señor Gifford. Y estoy segura de que tendré muchas oportunidades para demostrárselo.

— ¿Por qué ha de estarme agradecida? — preguntó serenamente Gifford.

— Porque me ha dicho que había elegido a Jerry.

— Solamente dije que era mi favorito.

— Entonces, ¿por qué no quiere darle el puesto?

— Cierto complejo le impediría entregarse de lleno a su trabajo — reveló Gifford.

Poco después, Carol comunicaba a Jerry que no sería Director General. Disgustado él por haber sido su esposa la que había tratado el asunto con Gifford, se originó una discusión.

Carol le echó en cara que todo lo que él era se lo debía a ella...

— Hace mucho tiempo que intento salvar nuestro matrimonio — murmuró Jerry, apenado, aunque con decisión. — Y ahora me doy cuenta de que no valía la pena salvarlo. Haz las maletas. Vuelve a Nueva York. Creo que me irá muy bien sin tí... y sin tu ayuda.

Al sentarse a la mesa para cenar, junto a los demás, Jerry anunció que su esposa regresaba a Nueva York, por encontrarse indisposta.

— ¿Volverá? — preguntó Gifford, observándole atentamente.

— No

— Mañana le enviaré unas flores.

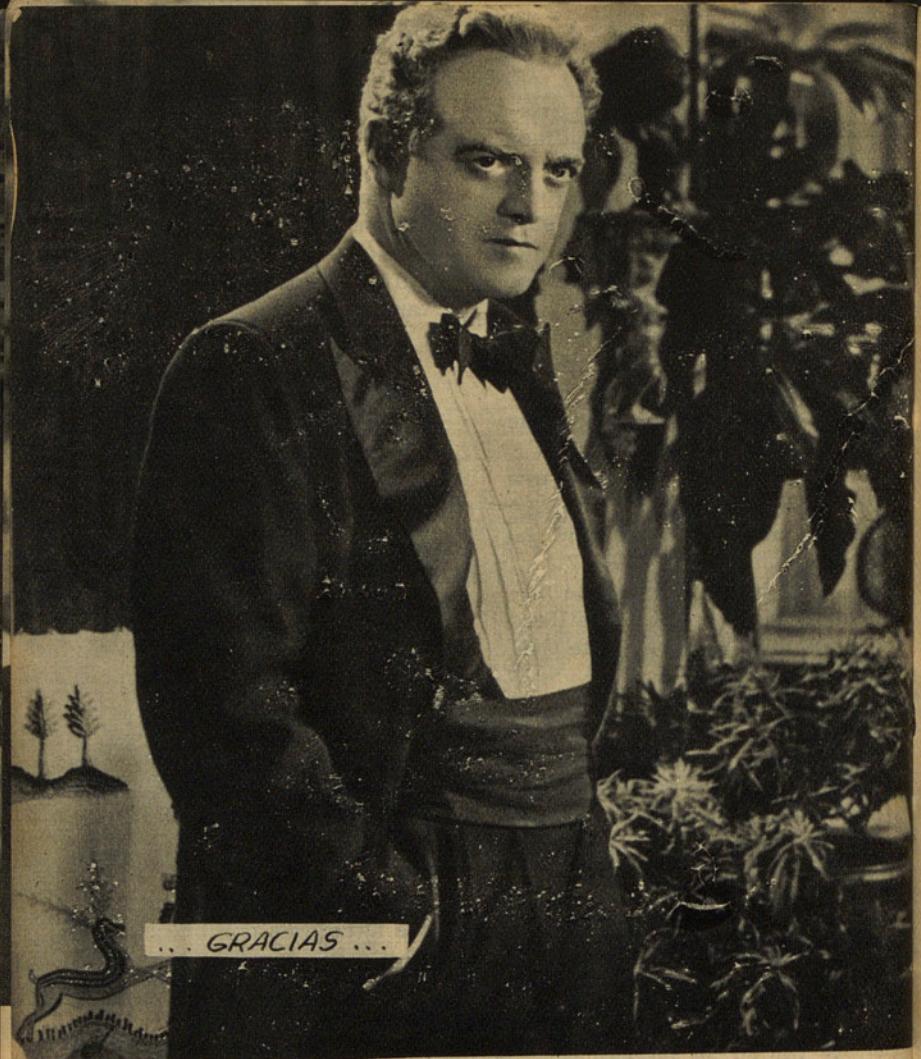
Jerry se volvió a él con energía.

— No hace falta que se moleste, señor Gifford.

— No, quizás tenga razón — convino éste, y ambos hombres se miraron expresivamente.

Momentos después, se levantó, en medio de la expectación general.

— Baxter... Burns... Talbot — empezó diciendo —, cada uno de ustedes, sea elegido o no, puede estar seguro de que goza de mi mayor estima... Talbot, creo que usted tiene ese "más X" que hace a un hombre superior a los demás. Pero había algo que me hacía dudar de que podía tener éxito como Director General: un complejo, y por eso decidí en contra suya. Estaba convencido de que no se daba exacta cuenta de ese "handicap" y quería hacerlo notar. La oportunidad se puso en mi camino y me



dió ocasión de hacerlo así. Sólo puedo entrever los resultados, pero lo que sé es esto: Que inesperadamente lo advirtió y tuvo el valor de librarse de él. Y en

aquel instante yo encontré a mi nuevo Director General. Enhorabuena.

—Yo recé para que no me eligiera —confesó Sidney a Elizabeth, y el matrimonio

se sintió más unido que nunca.

—Ya te dije que el señor Gifford era un hombre muy listo —murmuró Bill al oído de Katie. La pesadilla de aquel puesto de Director General acababa de desaparecer de sus mentes. Nuevamente, pensaron libremente en Kansas, en su hogar, en sus niños...

Gifford, con su copa en la mano, dijo:

—Es un mundo maravilloso... el mejor de los mundos, este mundo regido por las mujeres... porque hay

hombres en él.

Las felicitaciones llovieron sobre Jerry Talbot. La tensión existente había desaparecido. La velada transcurrió en medio de una verdadera camaradería, libres las conversaciones de aquel fantasma que era el puesto de Director General, que tanto influyó en ellas durante los últimos días. Pero, seguramente, la sonrisa más amplia fué la del propio Ernest Gifford. Era una sonrisa de triunfo... y de descanso: Acababa de hallar a su soñado Director General.

Fin

PROXIMAMENTE



VIVA LAS VEGAS

TITULOS PUBLICADOS

- 6
- 1 EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI
 - 2 ¿DONDE VAS ALFONSO XII
 - 3 SAYONARA
 - 4 PAPA PIERNAS LARGAS
 - 5 TU Y YO
 - 6 ANASTASIA
 - 7 EDDY DUCHIN
 - 8 DUELO DE TITANES
 - 9 LOS CARNETS DEL MAYOR THOMPSON
 - 10 EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS
 - 11 GIGANTE
 - 12 EL REY Y YO
 - 13 CITA EN HONG-KONG
 - 14 EL MUNDO ES DE LAS MUJERES

EN PREPARACION

Los puentes de Toko-Ri
Ana de Brooklyn

Atrapa a un ladrón
Bus Stop
etc.

FOTOFILM DE BOLSILLO